

# FONTANALES

## Lo que queda del viejo telar

FRANCISCO CASTELLANO RODRÍGUEZ

**L**a isla es como un gran navío de piedra anclado en las soledades azules del Atlántico. El mar la asalta por todas partes con el obstinado propósito de abrirse paso: pero ella opone al sífónico embate de las olas el firme contenimiento de sus acantilados y el declive de sus costas, sin que la lucha entablada desde hace siglos haya cesado un punto.

Arriba, coronando sus altas cumbres, el bosque es como una verde cabellera que el viento despeina, y hasta donde asciende, por el ancho cauce de los barrancos milenarios, el ronco latido de la mar.

Mar y bosques integran la síntesis armoniosa del ambiente isleño. El mar, como camino de aventura; el bosque, como regazo de tradición. Por el mar vinieron las razas que luego, a la sombra del bosque, continuaron juntas su camino.

**EL LEÑADOR.**— Un día el silencio profundo del bosque fue turbado por el leñador.

Todo aquel recogimiento milenario de las especies vino a tierra. El hombre necesitaba de la madera del bosque para vivir. Comenzaron a caer derribados los primeros árboles y a surgir las viviendas y los utensilios que debían formar parte de las viviendas. El bosque proveía a todo. Era rico y dadivoso, y la codicia del hombre mucha. Uno a uno, sucumbían los grandiosos ejemplares que había respetado el rayo de las tormentas. Comenzaba el balbuceo de la vida patriarcal.

**EL CARPINTERO.**— El hombre tenía necesidad de cubrir sus carnes. Poseía el vellón de sus ovejas, pero le faltaba el medio de su aprovechamiento. Y de esta necesidad actuando sobre su ingenio, descubrió el “uso y la rueca”, y más tarde el telar.

Surgió entonces un nuevo artífice: el carpintero. Fue éste quien dio a las maderas del bosque un sentido del que hasta entonces carecían. Y así fue como el bosque indígena se transformó

en elemento indispensable para la vida humana.

Los troncos robustos que había derribado el hacha esgrimida por los brazos del leñador adquirieron forma y entraron a formar parte del hogar.

**LA FAMILIA.**— La familia tenía su telar construido con maderas isleñas. Eran las mujeres, del “barranco del Pinar” de Fontanales, principalmente, hilanderas y tejedoras. El bosque presidía, en cierto modo, las relaciones familiares. Alrededor del telar se congregaban padres e hijos a rezar el rosario. De madres a hijas se transmitía la ciencia de tejer la lana de las ovejas de estas cumbres. El telar: he aquí la forma más sugestiva que adoptaron los árboles que un día fueron gala y ornato de las cumbres. El telar: el gran fundamento de la tradición patriarcal, la base sobre la que se asentaba pintoresquismo isleño.

Las mantas que cubrían los lechos de nuestros antepasados, los trajes que vistieron nuestros ascendientes, todo salía del telar canario, de aquellos telares rumorosos que fueron antes árboles en las cumbres y sombras oscuras reflejadas en el espejo ondulante del mar.

**EL TIEMPO.**— El tiempo no se detiene. Cada minuto que pasa representa algo que muere y algo que nace. Y andando el tiempo, esta suma infinita de movibles minutos representó el nacimiento de la ciencia mecánica y la muerte del telar rústico que durante siglos fue el centro vital de las viejas familias insulares.

Ya desde entonces el leñador no encaminó sus pasos al bosque en demanda de madera para que el carpintero construyese telares. La familia fue abandonando poco a poco, con esa mortal pereza de quien se ve forzado a renunciar a algo que le es particularmente grato, sus usos y costumbres. Y los telares enmudecieron abrumados por la tristeza de una época que a causa de sus perfecciones técnicas se iba

desprendiendo vigorosamente de la poesía como si se tratara de un peso muerto.

**EL TELAR SILENCIOSO.**— ¿Quedan aún telares en las islas? Pocos son, pero quedan. ¿Y tejen? Pocos es, pero tejen. ¿Y qué tejen? ¡Ah!, no creáis. Estos telares tejen esa poca poesía, ese poco de tradición poética de que aún pueden vanagloriarse las islas.

¿Cómo no? Aún quedan telares, aún quedan tejedoras. Pero ya el telar no es lo que fue. Ahora es como un instrumento silencioso que cada vez que se despegara lo hace con un dejo de antigüedad que no encuentra acomodo en las realidades de nuestro tiempo.

Y podéis creerme: no hay nada más supremamente triste que un telar silencioso.

Más ¿cómo iba a ser de otra manera, si ya apenas quedan manos adiestradas en las artes sutiles de esta tradición? Ya los pocos telares que permanecen en pie sólo tejen melancolías. Son recuerdos lo que tejen, cuando tejen. Ya nada ni nadie podrá rehabilitarlos y dar voces laboriosas a su silencio.

**EL SÍMBOLO.**— La vieja tejedora que aún suele recordar sobre el telar como quien recuerda sobre el amarillento marfil de un antiguo clave una olvidada melodía, aquellos tiempos de su mocedad en que, al mismo tiempo que tejía el claro vellón de las ovejas de éstas cumbres, iba tejiendo sus sueños sentimentales, ha sacado del fondo del arca de cedro una “traperera” blanca y azul y la ha desplegado ante mis ojos.

El telar yacía en un rincón de la rústica sala. La viejecita, con las manos temblorosas —entre achaques de edad y de emoción— me ha dicho estas pocas y simples palabras:

“¡Mi último encargo de la ciudad!”. Y la manta ha sido en sus manos como una bandera. Como la bandera de un tiempo que se bate en retirada sin arriar su símbolo.